

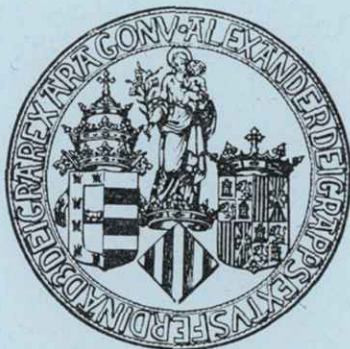
ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA

GONZALO ZARAGOZA RUVIRA

(Doctor en Filosofía y Letras)

Orígenes del Anarquismo en Buenos Aires 1886-1901

(RESUMEN DE TESIS DOCTORAL)



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES, INTERCAMBIO CIENTIFICO
Y EXTENSION UNIVERSITARIA

1972

N.º 137

Orígenes del Anarquismo en Buenos Aires 1886 - 1901

(RESUMEN DE TESIS DOCTORAL)

GONZALO ZARAGOZA RUVIRA

(Doctor en Filosofía y Letras)

TRIBUNAL

PRESIDENTE: *Don Julián San Valero Aparisi.*

Catedrático de Prehistoria e Historia Universal Antigua y Media. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Valencia.

VOCALES: *Don Juan Reglá Campistol.*

Catedrático de Historia Moderna. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Valencia. Director de la tesis doctoral.

Don Francisco Morales Padrón.

Catedrático de Historia de América. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Sevilla.

Don Mario Hernández Sánchez-Barba.

Catedrático de Historia de América. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Complutense de Madrid.

Don José Manuel Cuenca Toribio.

Catedrático de Historia Contemporánea. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Valencia.

Realizada la presentación y defensa de la tesis en fecha 17 de mayo de 1972, obtuvo la calificación de «Sobresaliente *cum laude*» por unanimidad.

ORIGENES DEL ANARQUISMO EN BUENOS AIRES 1886-1901

INTRODUCCION. OBJETIVOS, FUENTES Y METODO

Las historias del movimiento obrero argentino —por no decir las del movimiento obrero latinoamericano— son, actualmente, bastante deficitarias. Faltan monografías detalladas para el siglo XIX tanto del movimiento obrero en sí, como de las actividades de anarquistas y socialistas en su seno. Ciñéndonos a Buenos Aires, el desconocimiento de los orígenes del anarquismo es particularmente notorio.

Una explicación simple es el hecho de que hayan sido historiadores socialistas o sindicalistas los compiladores del material histórico. Actualmente se nos ofrece una visión anti-anarquista de los hechos, que un criterio objetivo encuentra sospechosa. Así, mi interés ha sido el desentrañar los sucesos, con el objetivo de valorar la actividad anarquista en el Buenos Aires del siglo XIX.

Realmente, el hecho de que en 1901 se inicie una «Federación Obrera Argentina» que tres años más tarde haga profesión de fe anarco-sindicalista ya es sintomático: tal orientación tiene que haber nacido con anterioridad a la fecha fundacional; debemos indagar en los orígenes de la ideología, y relacionarlos con las personas o grupos de donde surgieron.

Existen ciertos estudios base, que necesariamente han sido mi punto de partida, todos ellos escritos por Diego Abad de Santillán, anarquista español activo en Argentina, e «historiador oficial» del movimiento libertario de la república del Plata. Pero sus valiosas indagaciones pecan del partidismo lógico de un propagandista, y de ser obras con muchos años de vida, que no han sido remozadas por una labor historiográfica seria.

Para continuar los estudios de Abad de Santillán he acudido al Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, y allí he encontrado dos fuentes fundamentales de información. En primer lugar la historia mundial del anarquismo, de Max Nettlau, cuyos capítulos relativos a Latinoamérica se encuentran aún en versión manuscrita. Junto a ellos he podido manejar lo que indudablemente es la colección de prensa anarquista argentina más completa del mundo. Secundariamente también he cotejado prensa socialista argentina, prensa anarquista europea y americana, y archivos y colecciones de documentos de Errico Malatesta, Max Nettlau, Ugo Fedeli y Abad de Santillán. Parte de la búsqueda en la prensa anarquista europea la realicé en la Biblioteca Universitaria de Ginebra.

El método utilizado ha sido complejo. Me proponía básicamente presentar un panorama del anarquismo argentino anterior a la fundación de la FOA, e iniciar el estudio cuando pudiera considerarse que el movimiento «nacía» en Buenos Aires, una fecha determinada, 1886. Dentro del marco cronológico, junto a la elaboración de una historia de los «hechos», he dedicado unos capítulos a mostrar el mundo anarquista bonaerense como un «todo» cultural, y a presentar las relaciones de ese mundo, de ese movimiento, con el socialismo, el movimiento obrero y la sociedad argentina contemporánea en que se inscribe. Así ha surgido una división de seis capítulos, que conservaré en este resumen.

I. LA EMIGRACION, PUNTO DE PARTIDA

El anarquismo, doctrina revolucionaria europea, llega a las costas argentinas como parte del bagaje cultural de los emigrantes. Así el estudio se inicia con el análisis del fenómeno, cuidando en especial de analizar la composición de los recién llegados y la forma en que la asimilación o no-asimilación repercute en la difusión de la ideología libertaria.

Es evidente que desde la década de 1870-1880 el mayor contingente migratorio procede de Italia y España, países de gran difusión de la ideología anarquista. El año de mayor afluencia migratoria es 1889, y hasta 1901 atravesará Argentina un período en que el porcentaje anual de recién llegados jamás superará los 50.000 (a excepción de 1896, con 89.282 inmigrantes); en 1889 llegaron más de 200.000.

La experiencia del recién llegado atraviesa dos etapas: la *odisea* del viaje y la búsqueda de trabajo al pisar tierra argentina, y la *decepción* consiguiente. De esa decepción se pasa a una conciencia de clase, o a una *vinculación con los orígenes*.

La odisea está claramente reflejada en las crónicas del militante español Indalecio Cuadrado, que en 1889 zarpa rumbo a Buenos Aires y periódicamente remite a *El Productor* de Barcelona crónicas detalladas. Siguiendo el curso de su narración entreveremos las frustraciones que los recién llegados encuentran, bien en el «Hotel de Emigrantes», bien en la búsqueda diaria de trabajo por las calles de la gran urbe bonaerense.

La frustración era doble: económica e ideológica. No era tan fácil encontrar trabajo como se había supuesto al salir de la patria; además, las libertades de la República Argentina no parecían superar las condiciones de vida de las monarquías italiana y española.

La experiencia de la decepción, en un ambiente desconocido y nuevo, permite al emigrante acercarse a los militantes socialistas y anarquistas que le abren los ojos a las verdades elementales del capitalismo y de la conciencia y lucha de clases.

Sin embargo, la existencia de muchas sociedades nacionales, de todo

tipo, que ofrecen amparo al emigrante desraizado con ingredientes patrióticos y tradicionales, será una contrapartida a la labor ideológica anarquista y socialista.

A través de la visión de la prensa anarquista bonaerense analizo las actividades de esas sociedades y de esas colectividades nacionales, que cuentan con prensa propia y que realizan gran tipo de actividades: manifestaciones, recepciones, obras asistenciales. Las colonias nacionales son blanco de las acusaciones libertarias: al ofrecer un escape y mantener la ficción de que se sigue viviendo en la tierra natal, lo que están consiguiendo es evitar que el obrero haga conciencia de su explotación.

En toda manifestación patriótica, los propagandistas libertarios saldrán a la calle y fijarán carteles airados; en ocasiones irrumpirán en reuniones que hace oír su voz acerada.

Respecto a la colonia española, es particularmente notable la actitud a favor de los revolucionarios cubanos que mantendrán los libertarios a finales de siglo, y su repulsa de toda manifestación patriótica española.

II. EL ANARQUISMO, MOVIMIENTO EUROPEO

El anarquismo, como ideología revolucionaria, nace en Europa respondiendo a una problemática europea. Así que nos encontramos ante una importación ideológica más, como la Ilustración del siglo XVIII o el positivismo del siglo XIX.

En cuanto a movimiento, el centro del anarquismo se encuentra también en Europa. Los emigrados no sólo lo saben, sino que lo aceptan y se sienten secundarios, periféricos, en la red mundial libertaria.

Respecto a las *conexiones con los anarquismos europeos* hay que notar ante todo que los anarquistas argentinos anhelan que la revolución social triunfe en Europa, no en América. Los líderes europeos son venerados por los argentinos, y, en general, se publican y se leen los mismos folletos propagandísticos que en Europa. Firmas como las de Kropotkin, Malatesta, Grave, Montseny, Anselmo Lorenzo, son tan frecuentes a uno como a otro lado del Atlántico.

Italia es el país con cuyo movimiento exista más contacto; es lógico, debido al porcentaje de italianos emigrados, pero también porque los anarquistas italianos, constantemente perseguidos, construyeron una red de apoyo mutuo en todos los países de emigración. De Londres a Paterson (New Jersey), de Alejandría en Egipto a Buenos Aires se extiende este marco de actividad. Argentina es un nudo más en la red.

Francia es algo distinto: la Meca del anarquismo intelectual, y a la vez el escenario de los grandes atentados por el hecho, de las bombas y los juicios tumultuarios. España, unida por la lengua y por la presencia en Argentina de muchos militantes de origen hispano, es el país que más influye en el movimiento. Desde los años primeros de la década del 80, la Federación española se preocupa por los militantes

argentinos, y hasta 1901 esta influencia se mantiene. Pellicer Paraire es el hombre que simboliza esta vinculación: él fue uno de los artífices de la F.O.A. de 1901.

Respecto a España e Italia hay que resaltar también la labor de apoyo al movimiento que llevan a cabo los militantes argentinos. En épocas de persecución, las páginas bonaerenses se llenarán de noticias y de consignas, y, en todo momento, existirán suscripciones a favor de la propaganda en los países europeos. Algunos militantes perseguidos podrán también desembarcar en Buenos Aires y allí recibir la ayuda de los correligionarios.

Otro asunto es la *visión de la Europa contemporánea*. El doble fenómeno de la emigración y de la distancia distorsiona la realidad. Tal es el anhelo de ver surgir en el viejo continente la Revolución Social que cualquier incidente es interpretado como chispa que ya va a iniciar el proceso. Además, Europa es vista en términos absolutos: todos los trabajadores tienen conciencia revolucionaria, todos los regímenes burgueses son execrables y corruptos, toda la intelectualidad europea tiene ideología ácrata. Siempre están los factores preparados para el estallido final que, sin embargo, nunca estalla.

En esta visión de Europa hay que resaltar la condena de las intervenciones coloniales en Asia y en África. Bien sea la actuación francesa en Madagascar, o la inglesa en Sudáfrica, ante el anarquista el nativo será el oprimido y el rebelde nato. En este aspecto se disociará la visión anarquista de la socialista, ésta última entendiendo el colonialismo como proceso inevitable de la expansión capitalista, y proceso, pese a todo, civilizador.

De Europa llegan también *nuevas tácticas*; me refiero a las anarcosindicalistas francesas. Desde 1897 aparecen en la prensa libertaria argentina frecuentes informaciones sobre la C.G.T. francesa y la ideología de sus mentores, Pelloutier y Paul Delesalle. No aparece esta versión francesa como traición a los principios anarquistas, sino como innovaciones bienvenidas dentro de una continuidad lógica de actuación gremial anarquista. El «boycot» y el «sabotage», junto con una primacía de la huelga general como arma gremial, aparecen en Buenos Aires añadidas a las habituales líneas de actividad en el movimiento obrero.

Así pues, el universo en que se mueve el anarquista argentino tiene su centro y su grupo de referencia en Europa. No extraña, por ello, que carezca de una auténtica visión americanista. Francia e Italia se encuentran a muchísima mayor proximidad que Uruguay o Brasil. Y, saliendo de estos dos países citados, a los que hay que añadir Paraguay y Chile, no existe ningún contacto americano. Argentina se sabe el foco anarquista más importante de Sudamérica, y al hablar de los otros países continentales, proyecta sobre ellos los problemas y los esquemas argentinos. Cito muchos ejemplos para apoyar estas afirmaciones; aún en 1900 el artículo de Guaglianone «Salvemos la América» peca de este desconocimiento de la realidad.

Si hay que hacer una excepción, la excepción es Cuba, en el momento de su rebelión independentista. A través de la prensa anarquista

de la isla (en especial *El Esclavo* de Tampa) los bonaerenses vivirán día a día las campañas de Maceo (que aparece como libertario nato) y anhelarán que de la lucha contra España surja la anhelada Revolución Social.

III. EL ANARQUISMO BONAERENSE

La historia del anarquismo bonaerense la divido, para su análisis, en varias etapas. La primera, anterior a la llegada de Errico Malatesta, termina en 1885. Desde entonces, y hasta 1889 se extiende el período fundacional, o malatestiano. Atraviesa luego el movimiento una etapa individualista muy marcada, que sigo designando «el período de *El Perseguido*», con el nombre que utilizara Abad de Santillán, aunque hago concluir el período en 1894. Del 1895 al 1897 existirá una fase transicional, que puede bien titularse «la ofensiva organizadora». Finalmente, y hasta la fundación de la FOA, en 1901, será el momento del «triumfo de la organización».

Después de analizar en detalle los problemas, publicaciones y actividades de cada uno de estos períodos, dedico un apartado a los «modos de comportamiento y subcultura anarquista», y otro a la irradiación del anarquismo bonaerense.

La historia.

Abandonando un estudio de posibles pensadores de tendencias anarquistas o pre-anarquistas en el pasado argentino, y después de un rápido análisis de la generación que Gino Germani denomina «los realistas sociales» (Sarmiento, Alberdi, Echeverría), llegamos a Bartolomé Victory y Suárez (1833-1897) tipógrafo español y el primer socialista utópico europeo presente en Argentina. Pero su actuación es escasa, y será la década del 1870-80 la que vea iniciarse la actividad internacinalista en Buenos Aires, después de la oleada reaccionaria europea posterior al hundimiento de la Commune de París.

Desde el primer momento se formarán pequeños grupos por nacionalidades, relacionados unos con el socialismo europeo, y otros con las federaciones anarquistas italiana o española. En 1876 aparece un «Centro de Propaganda Obrera» de tendencia bakuninista; en 1880 llega a la Argentina el anarco-comunista Ettore Mattei, quien cuatro años más tarde, unido a otros dieciséis italianos, funda un «Círculo Comunista Anárquico» en conexión con Italia. Un año más tarde llega Émile Piette, anarquista de Verviers, que formará otro círculo con emigrantes de habla francesa; en ese mismo año de 1885 llega también a la Argentina Errico Malatesta.

Malatesta (1853-1931), una de las figuras más importantes del anarquismo italiano, residirá en Argentina de 1885 a 1889. Su viaje es un escape de persecuciones judiciales, y nunca pensó en afincarse en esta tierra. Con él llega un grupo de compañeros italianos, que se inscribirán en el movimiento argentino ya existente dándole nuevos ánimos.

La base de operaciones de Malatesta será el «Círculo de Estudios Sociales» que crea, y la revista *La Questione sociale*, círculo y revista que en Florencia habían constituido también su base de acción.

En 1887 y 1888 Malatesta aparece muy activo fomentando el movimiento huelguístico y alentando la creación de sociedades de resistencia; al gremio de panaderos le da su reglamento. Malatesta mantiene una actitud benévola hacia los socialistas, y su personalidad logra evitar las polémicas entre anarco-comunistas españoles exaltados (los llamados «pedrotistas») y colectivistas anárquicos. En los mismos años que Malatesta, se halla en la Argentina un militante inglés, que luego será muy activo, el médico John Creaghe.

La línea marcada por Malatesta al anarquismo, de fuerte vinculación obrera, va a ser la característica del movimiento argentino después del breve período de triunfo del anarquismo individualista.

En efecto, desde 1889, en que un manifiesto anarquista, el «Manifiesto de Barracas» llevará a la cárcel o hará salir del país a lo más florido del movimiento (Victoriano San José, Rafael Roca, Ettore Mattei, Indalecio Cuadrado), hasta 1894, se extiende el período de «El Perseguido», nombre de la revista única de publicación continuada en esos años, paladín del anarquismo individualista.

Es una orientación europea: desde el Congreso de Londres de 1881 se propugnan los métodos de acción violenta y el movimiento se atomiza en pequeños grupos de revolucionarios. Estos grupos se denominarán en Argentina «grupos de afinidades».

En realidad tal atomización y tal propaganda de la acción violenta conseguirán el alejamiento del movimiento obrero, ya existente y en marcha, y el descrédito de la doctrina anarquista, ahora identificada con su variante violenta. Caracteres peculiares del anarquismo individualista argentino serán su exceso de verbalismo y la escasez de auténticos «hechos» revolucionarios, su admiración por todos los atentados europeos, y por último, una gran labor propagandística. Frente a ellos, la persecución policial fue siempre desmesurada y superó con creces el peligro que realmente representaban.

En mi análisis me baso en los periódicos representativos: *El Perseguido* (1890-1897), *La Miseria* (1890), *La Liberté* (1893-1894), y *Lavorismo* (1893).

El aspecto teórico de los individualistas cabe bajo los apartados de individualismo exaltado, grupos de afinidades, que «no son otra cosa que los individuos en acción común para realizar algo», la simplicidad en la concepción revolucionaria, la conexión-devoción con el movimiento europeo, y la identificación con rebeldes primitivos y bajos estratos sociales.

Frente a la gran labor propagandística individualista, labor inconexa, desorganizada, espontánea, la persecución policial de 1894 amenazó con segar la vida del anarquismo bonaerense. Tal vez ello explica la aparición, en ese año, de tres nuevas revistas anárquicas de tendencia distinta: *La Questione Sociale*, *El Oprimido* y *El Obrero Panadero*.

Parece indicar que los «anarquistas sensatos» temen por el futuro del movimiento, o su radicalización. Detrás de esas tres revistas, tres militantes: Fortunato Serantoni, veterano del movimiento italiano, que actuó en *La Revolución Social* de Barcelona en 1890 y que en Buenos Aires llegará a ser editor-propagandista de ámbito mundial, John Creegh, médico inglés, que editara *The Scheffield Anarchist*, y Ettore Mattei. Este anarquista italiano había sido secretario-gerente del gremio de panaderos, desde su fundación, y con la idea de defender los intereses del gremio aparece también la de ser representante de todos los trabajadores, con ideología anarquista, claro es.

De 1895 a 1897 se lanza la ofensiva organizadora. A los tres periódicos citados se unirán *Avvenire* en 1895, vocero de la comunidad italiana, y *La Protesta Humana*, gran órgano gremial-anarquista, en 1897.

La ideología de estas revistas «organizadoras» se halla íntimamente vinculada a la reacción ocurrida en el anarquismo europeo de vuelta al movimiento obrero. Esta ideología se plasma en una gran multitud de folletos propagandísticos, y en la aparición de un pensador original anarquista, el doctor Emilio Z. Arana, en Rosario de Santa Fe.

La polémica sobre la organización se entabla en el seno del anarquismo. La nueva tendencia repudia las aberraciones a que puede llevar el dogmatismo e incomunicación de los pequeños grupos «de afinidades» y se propone la federación de grupos, concibiendo la anarquía —como indica *La Protesta Humana*— como «sociedad organizada sin autoridad».

Respecto a las actividades, se vuelve a la idea malatestiana de partir de un «Círculo», ahora llamado «Círculo Internacional de Estudios Sociales» (agosto de 1897).

Aún sobreviven los individualistas, y junto con *El Perseguido* (que muere en enero de 1897) su máximo exponente será *Germinal*; ante los éxitos de los organizadores será un periódico rabioso y super-revolucionario, y en su lucha contra los «hermanos (anarquistas) separados» no conocerán términos medios.

Son, de todos modos, estos años de 1895-1897 años de euforia de publicaciones anarquistas: en 1896 de 56 publicaciones anarquistas del mundo 12 se editan en Argentina, que ocupa el número uno por países. Abundan más los anti-organizadores; pequeños, mal impresos, colaboraron a la difusión de los principios anárquicos. Tal vez la misma difusión del movimiento hiciera que el coraje y fanatismo de los primeros tiempos desaparecieran. Así, desde fines de 1896 los periódicos se quejan de apatía, indiferencia y falta de colaboración; los periódicos sufren además constantes déficits.

De 1898 a 1901 transcurre el período que llamo «el triunfo de la organización», cuyas dos formas más claras son la Federación de grupos libertarios, y la Federación Obrera Argentina.

Continúan las actividades de prensa del momento anterior; ahora los dos grupos editores de mayor relieve serán la «Librería Sociológica» de Fortunato Serantoni, y sus revistas, almanaques y folletos; y los

folletos editados por el grupo individualista «Los Acratas». Algo nuevo en el movimiento, la aparición de revistas literarias anarquistas, por jóvenes de la generación modernista (Basterra, Ghiraldo, Mariano Cortés «Altair», Guaglianone). En 1900 Basterra sustituye a Inglán Lafarga como director de *La Protesta Humana*.

Junto al «Círculo Internacional de Estudios Sociales» funcionará una «Biblioteca de Estudios Sociales» (su tesorero es Mattei) y en 1899 una «Casa del Pueblo», sede del Círculo Internacional, de los gremios de filiación libertaria, de revistas y escuelas del movimiento. En cierta forma se sigue el ejemplo socialista y se marca claramente el espíritu organizador del momento. Antes de finalizar 1899 la «Casa» debe cerrar sus puertas, pero renace en 1900 como «Círculo Libertario de Estudios Sociales», y en 1901 de nuevo como «Casa del Pueblo».

Este movimiento organizador vibra con el movimiento europeo, se despliega en actividades propagandísticas (ahora son más frecuentes las representaciones teatrales y las conferencias en teatros) y de vez en cuando colabora con los socialistas. De 1899 a 1900 tiene lugar el experimento, breve, de una Federación Libertaria, basada en la «autonomía completa de los individuos y de los grupos federales».

La represión policial sigue en aumento; con ella, el temor burgués que presenta proyectos de ley de expulsión de anarquistas. Hasta llega a «descubrirse» en Rosario un complot contra la vida del emperador Guillermo II de Alemania.

Dos personalidades destacan en este período, el propagandista italiano Pietro Gori (1899-1911) y el español Pellicer Paraire. El primero, llamado «el poeta de la anarquía» llega a la Argentina en 1898 y se va en 1902. Es un brillante orador, que consigue presentar el anarquismo ante públicos de clase media y universitarios de forma atrayente. Si en la Universidad —donde da varios cursos de criminología— atrae a los estudiantes, en el movimiento obrero favorece la organización gremial, y la federación, y en el anarquismo apremia a la unión. Sus conferencias son frecuentes, y realiza varias giras por el interior de la república, pasando a Uruguay, Paraguay y Chile. Hombre muy distinto es Antonio Pellicer Paraire, curtido en las experiencias de federación en España, que llega a la Argentina en 1891 después de haber viajado por Méjico, Cuba y Estados Unidos. Vinculado con el movimiento argentino, pero sin ocupar posiciones de relumbrón, sus constantes artículos explicando detalladamente la constitución de una Federación Regional, van íntimamente ligados al nacimiento de la FOA.

Germinal y *El Rebelde* (éste dirigido por el viejo luchador andaluz José Reguera) dan aún la nota discordante del individualismo a ultranza. Individualistas y organizadores entablarán polémicas furibundas en la prensa, en los cafés y en los teatros. También se enfrentarán los organizadores y los socialistas: el debate-tipo fue el mantenido por José Ingenieros contra Pietro Gori. Para los socialistas el anarquismo auténtico es el individualista, el de la bomba y la dinamita; un anarquismo organizador les parece mero remedo o aproximación al socialismo.

Modos de comportamiento y sub-cultura anarquista.

Se inicia el apartado con el estudio de la discusión argentina sobre *la moral*, discusión iniciada por Creaghe desde su revista *El Oprimido*, y en la que terció toda la prensa libertaria del momento, con aparición de voces europeas, como la de Montseny. Moral natural o moral libre; poco a poco se deslindan dos campos, los «moralistas» y los «anti-moralistas». Ambos creen en la moral natural, pero los segundos (los individualistas) sienten que más que de naturalidad debería hablarse de espontaneidad. Lo curioso y notable es el interés que tal cuestión despertó y la notable preocupación ética de organizadores e individualistas.

Después de considerar el *optimismo revolucionario y vital* del militante, estudio el grupo de *universitarios anarquistas* que actúan en el último período de la historia del movimiento; de ellos es Alberto Ghirardo el más conocido por su relevancia literaria, pero hay muchos más, de menor importancia. La influencia de Pietro Gori fue grande en este grupo de simpatizantes, que se alejan del socialismo al repudiar disciplinas de partido o sujeción a normas. Su acercamiento al movimiento es impulsivo e intuitivo, y muchos de ellos renegarán pronto de la ideología: habrá sido un episodio más en una vida de bohemia.

En cuanto a las *expresiones artísticas propias y apropiadas* destacan sobre todas las obras teatrales con contenido revolucionario y la poesía popular anarquista. Analizo dos milongas, de fuerte sabor popular, que indican la identificación —a cierto nivel— entre anarquismo y cultura popular, a la que se incorpora una decantación de formas culturales-revolucionarias europeas. Una de ellas comienza así:

«Grato auditorio que escuchas
al payador anarquista,
no hagas a un lado la vista
con cierta expresión de horror...»

Obras de teatro de Gori, Dicenta o Ibsen fueron representadas por compañías de aficionados libertarios. Todo ello nos indica que el movimiento anarquista argentino pudo y supo crearse un mundo estético y cultural propio, más influido por las recepciones de Europa que por las raíces populares argentinas. Este universo o microcosmos cultural se inserta en el de la cultura argentina de fines de siglo, pero no tiene excesivos contactos con ella que, a su vez, lo rechaza por rastrero, panfletario y revolucionario.

En su comportamiento individual, el anarquista insiste en la necesidad de *escuelas libertarias*; recojo varias propuestas en este sentido, como la de Molona y Vedía, que pretende «la preservación o regeneración de la especie humana y la felicidad del educando y la «autosustentación progresiva del niño». Desde 1899 a 1901 funcionan escuelas pioneras, que utilizan según su cabal entender nuevos métodos

pedagógicos frente a incomprendiones, falta crónica de fondos y cegueras oficiales.

Las *colonias anarquistas* fueron episodios anecdóticos, y pocos militantes tomaron en serio las experiencias. La *libertad sexual* y la *libertad para la mujer* son también aspectos destacados del programa ácrata. Estas libertades tienen unos límites que hoy nos extrañan; más que de libertad debe entenderse de lucha contra el matrimonio burgués convencional y en defensa de la dignidad de la mujer. Destaco la labor del periódico *La Voz de la Mujer* y de las pioneras del movimiento feminista. Algunas veces los ideales libertarios chocaban duramente con la realidad: Ser eternos desterrados dentro de un sistema implica difíciles líneas de conducta.

El *militante tipo* es un revolucionario optimista, sacrificado y a veces ingenuo. Ofrezco una galería de personajes, desde los confidentes policiales, al policía que luego pasa al anarquismo «Fag Libert», del «empresario editorial» Fortunato Serantoni al pintor Ragazzini, un auténtico bakuniniano. También hago constancia del rabioso anticlericalismo que aparece como parte del programa contestatario ácrata.

Irradiación del anarquismo bonaerense

Si son los emigrantes del sur de Europa los que traen consigo la ideología anarquista, serán las ciudades que reciben la oleada migratoria las teñidas por esta ideología. En general se puede decir que toda la provincia de Buenos Aires ha estado salpicada de núcleos anarquistas, tanto las grandes ciudades (Mar del Plata, La Plata), como los núcleos menos importantes. Fuera de la provincia sólo hay movimiento de importancia en Rosario y Santa Fe (ambas en la provincia de Santa Fe), Mendoza, San Martín y Córdoba. La difusión es obra de militantes que parten de la capital. Hablar de los grupos de Luján es hablar del Dr. Creaghe, de los de San Nicolás, de Adrián Troitiño; de los de Bolívar, de Inglán Lafarga. Vida propia y rica en actividades semejantes a las bonaerenses sólo se dio en Rosario.

Desde 1899 junto a la difusión personal por militantes anarquistas, hay una serie de giras de difusión propagandísticas, las primeras iniciadas por Pietro Gori, cuyos recorridos eran exhaustivos: Así, en enero de 1899 da conferencias en Luján, Mercedes, Chascomús y Mar del Plata; el 6 de febrero está en Maipú; pasa a Ayacucho, Tandil y Juárez; en mayo da cinco conferencias en Rosario y tres en Santa Fe; el día 30 se encuentra en La Plata, y no regresa a la capital federal hasta tres meses más tarde.

La actividad en *Rosario* se remonta a 1889, y desde 1893 los grupos activos editarán su propio periódico (*Demoliamo* se llama el primero); en 1890 uno de los militantes fue Paulino Pallás. Característica rosarina será el predominio ideológico ácrata en el movimiento obrero y el poco auge del socialismo; en 1896 existe ya una «Federación Rosarina», anarquista de orientación, y en ese mismo año funciona un «Círculo Obrero de Estudios Sociales». La evolución es semejante a la de Buenos Aires, aunque aquí sea mayor la influencia del elemento

obrero, con casi exclusión del universitario. En 1900 se inaugura una Casa del Pueblo.

En *La Plata* las actividades se remontan a 1891; tiene también sus publicaciones propias, y en 1898 se celebra un certamen internacional liberatorio en honor de los mártires de Montjuich. En *Bahía Blanca* y su puerto, la actividad se inicia en 1899: también aparece —como en Rosario— una Confederación Obrera, y una Casa del Pueblo (1901). En *Luján*, el movimiento que nace en 1892 contará luego con la firme dirección de Creaghe. Por estar enclavado en la ciudad del santuario nacional, con frecuencia llevará a cabo mitines y reuniones anti-clericales.

Por último, y con carácter de compilación provisional y parcial, presento una lista de treinta y dos localidades argentinas en las que he podido rastrear la presencia de grupos, publicaciones y actividades libertarias. Las más importantes son Arrecifes, Banfield, Bolívar, Campana, Córdoba, Corrientes, Chascomús, Chivilcoy, Mar del Plata, Mendoza, Patagones, Quilmes, San Francisco, San Martín, San Nicolás de los Arroyos, Santa Fe, Tandil y Tucumán.

IV. ANARQUISTAS Y SOCIALISTAS

La historia del movimiento obrero argentino es la historia de las dos influencias, anarquista y socialista, que existieron en su seno. Y ambas aparecieron como tendencias opuestas, excluyentes, transportando a tierra americana el viejo antagonismo europeo.

El *punto de partida* de esta oposición fue, sin duda, la celebración del primer 1 de mayo en 1890. Con anterioridad, y en los tiempos malatestianos (la primera sociedad socialista bonaerense, el «Verein Vorwärts» es de 1880) vimos que se llevó a cabo una cierta colaboración.

Celebrar el 1 de mayo era parte de las conclusiones del Congreso de París de 1889; el «Vorwärts» se dispuso a organizar la fiesta en Buenos Aires y para ello convocó a una reunión a todos los elementos revolucionarios de la capital. Desde las primeras reuniones se notó claramente la oposición anarquista, la oposición del «Círculo Internacional». Pese a ello, militantes anarquistas toman parte en la manifestación y oradores libertarios toman la palabra. Asombra la creencia de los miembros del «Vorwärts» en poder controlar un movimiento obrero de orientación ideológica distinta a la suya.

Pasado el 1 de mayo la prensa anarquista comenzará a criticar el monopolio socialista de la fecha reivindicativa (en realidad, el aniversario de los anarquistas «mártires de Chicago») y su interpretación pacífica. No queremos una «fiesta del trabajo», sino un «grito de rebelión universal»; así dice *El Perseguido*.

Los libertarios colaboran, pese a ello, en la manifestación de 1891, que es cortada por una carga policial. Pero desde ese año van a pre-

dicar la abstención, dejando a los socialistas solos; ello restará número a las manifestaciones socialistas, que deberán tener lugar a puerta cerrada. Volverán a participar en 1897, esta vez irrumpiendo violentamente ya que no se les había dejado tomar la palabra. Con este motivo el Dr. Justo —del Partido Socialista— les llamará «vagabundos y seres sin ideales». Es ese mismo año el de aparición de los intelectuales socialistas, contrapartida generacional de Bastera, Ghirardo, Guaglianone. Estos intelectuales acusan a los libertarios de aprovechar la celebración para abogar a favor de una huelga general.

En el año 1901, debido a la iniciativa de varias sociedades obreras, se celebrará un «1 de Mayo» gremial, al margen de la manifestación socialista. La dualidad muestra la falta de colaboración a que se ha llegado. Por otra parte, en muchas localidades argentinas fuera de la capital se vino celebrando el día de afirmación proletaria, según orientación anarquista, socialista o meramente gremial, y a veces con la presencia de oradores de las tres ideologías.

Un símbolo: el 1 de Mayo. Bajo él hemos visto la no-colaboración entre anarquistas y socialistas. Pero las relaciones mutuas adoptaron con más frecuencia la forma de una polémica: una historia de recelos y acusaciones, que va en aumento desde la constitución del Partido Socialista Obrero Argentino en 1896. La colaboración sólo se da antes de 1890, o en los últimos años de la década, al triunfar en las filas libertarias la tendencia organizadora.

Los extremos a que llega la polémica —que es diaria— impedirán a ambos bandos conocer con veracidad las doctrinas que mantienen los contrarios. Resulta fácil para los socialistas identificar el anarquismo con el extremismo individualista, y así poder zaherirlo mejor; para los anarquistas era fácil, también, resaltar cuanto de organización, disciplina y política electoral había en los socialistas.

Fue frecuente, en el «período de *El Perseguido*», la labor disruptiva libertaria en cuantas manifestaciones organizaban los socialistas. Desde 1896, la labor electoral del Partido ofrecerá nuevos elementos de censura y de irritación. También tuvieron lugar reuniones de controversia públicas, celebradas en cafés, bares o teatros, y recojo la impresión que el socialista Enrique Dickman nos ha dejado sobre una de ellas, celebrada sin duda en 1896. También hablo de los «convertidos» a uno u otro bando que, al ser recibidos por sus nuevos correligionarios, exponían en la prensa los trapos sucios del bando del que habían renegado.

En 1897 el socialismo argentino se halla ya en marcha, aunque atravesará algunas crisis en busca de una línea única. A su cabeza, una tríada ya consagrada: el doctor Juan Bautista Justo, Adrián Patroni, en el ala sindical, y José Ingenieros, en la universitaria. El socialismo se revela como gran editor de folletos y revistas, y promotor de todo tipo de actividades, desde escuelas a cooperativas. 1901 es un año tope en la evolución del socialismo argentino: por un lado se celebra la doble manifestación del 1 de mayo, ya indicada; por otro, con motivo del mitin de desocupados, el presidente de la República recibirá a una

comisión (Patroni, Castro y Dickmann) y aceptará sus peticiones. Es una hora de triunfo socialista, y el momento en que el «establishment» acepta en su seno al movimiento como único intérprete de los anhelos obreros. Frente al orgullo socialista que comenta que «el Partido Socialista... es un partido de orden que busca su desenvolvimiento dentro del ambiente legal», la prensa anarquista comentará que el mitin ha sido una «vergüenza americana» y un «mitin de los pedigüños».

Analizo, por último, las *formas de la polémica*. En primer lugar, las polémicas entre los intelectuales, caso aparte: se trata de miembros de la misma generación, que hacen ejercicios literarios criticando al contrario (éste es el caso de Basterra vs. Ingenieros). Las polémicas de los miembros de base revelan, junto al desconocimiento del adversario, la inferioridad numérica del socialismo y su sentimiento de superioridad hacia el ingenuo y poco decoroso anarquista.

V. EL ANARQUISMO EN EL MOVIMIENTO OBRERO

Después de algunas consideraciones metodológicas (entre ellas, la diversidad de datos que nos ofrecen las fuentes y los historiadores), inicio el capítulo con un estudio de los *gremios y los intentos de federación*. Desde la celebración del 1 de mayo de 1890 habrán cuatro intentos socialistas de aunar a los diversos gremios existentes, y todas estas intentonas se caracterizan de esta forma: nacen del grupo dirigente del partido socialista y nunca de la base de los mismos gremios; su objetivo, a más de unir las fuerzas del trabajo, era siempre el de adscribir el movimiento obrero al partido y darle una dirección y organización partidista; y nunca ganaron estos intentos las simpatías de los gremios más activos y numerosos. La primera tentativa y la primera «Federación Obrera de la República Argentina» es de 1890, que se disuelve dos años más tarde. La segunda, de 1894; la tercera, de 1896, y la última, de 1900.

Junto a estos intentos socialistas, encuentro una serie de intentos de federación promovidos por los gremios de tendencias libertarias, que silencian los historiadores socialistas argentinos. Todas estas tendencias fueron menos ruidosas y publicitarias, partieron de la base obrera y siempre tuvieron escrupuloso cuidado en respetar la autonomía de los gremios adheridos. En 1894 encontramos un esfuerzo, promovido por los panaderos, de constituir la «Confederación de Sociedades Obreras de Resistencia de Buenos Aires»; en 1895, un nuevo «Proyecto-programa de la Federación Obrera», al que acompaña la aparición, el 4 de abril, de un órgano periodístico gremial común, la *Unión Gremial*. El último intento, de 1896, se denomina la «Convención Obrera», que se rige por un pacto con objetivos concretos: la propaganda y difusión de la huelga general.

Respecto a las sociedades gremiales, éstas aparecen en realidad en 1877, salvando algunos antecedentes. Pero es la década del 80 la que

ve el florecimiento de sociedades de oficios: unas se sitúan junto a la línea socialista del «Vorwärts», otras tienen clara orientación anarquista, y algunas permanecen al margen de toda opción ideológica clara. En 1894 son ya 21 las sociedades existentes, y en cuanto a la línea anarquista decidida destacan las de panaderos, zapateros, cigarreros de hoja y sombrereros. De 1894 a 1897, el Partido Socialista realiza una gran labor de captación gremial, y la doble tensión del anarquismo y del socialismo protagoniza algunos dramas personales en el seno de las sociedades, como el del albañil Fernando Balmelli, gran propagandista anarquista, cuya labor iba demasiado lejos de las orientaciones del Comité Directivo del gremio; los albañiles se orientan luego en dirección libertaria. Mecánicos, estivadores del puerto y pintores son los bastiones del gremialismo socialista. La oleada anarquista organizadora se enfrentará con la del Partido Socialista: ambos querrán poder contar con el elemento obrero.

Un análisis del *movimiento huelguístico bonaerense* revela un trienio de gran actividad, el 1894-1896. Después hay unos años de poca actividad, debidos al desgaste anterior, y en 1899 vuelve a subir el índice de huelgas. Con anterioridad a 1894, el movimiento huelguístico es pequeño y decae —dentro de sus pequeñas proporciones— de 1888 a 1891. Antes de 1888, las huelgas fueron esporádicas, considerándose ese año de 1888 como el de iniciación de la agitación huelguística en la capital federal.

Estas breves consideraciones indican que no es en el período de mayor crisis económica cuando se da el mayor movimiento huelguístico: el trienio 1894-1896 es de reactivación económica después de la crisis.

Analizo luego la línea anarquista respecto a las huelgas, distinguiendo entre el período malatestiano (relacionado con la oleada de 1888), el período de «El Perseguido» posterior, y el avance de las fuerzas organizadoras. Hay que recordar que de los 400.000 habitantes de Buenos Aires en 1887 hay 50.000 obreros emplazados en 10.000 fábricas y talleres, con una media de 5 obreros por taller o fábrica; esto revela el carácter artesanal de la producción. En 1895 son 72.000 obreros en 8.500 fábricas, con una media de 8 por fábrica.

Si hasta la llegada de las fuerzas organizadoras, el anarquismo revela poco interés por las huelgas, los socialistas dan a éstas el máximo interés y mantienen que sólo con una organización pueden triunfar los obreros. Se arrojan a sí mismos el papel director y organizador, apuntándose al historial de la «Federación Obrera» cuantos éxitos se logren. Desde 1894 el número uno de las reivindicaciones socialistas será la jornada de las ocho horas.

1895, año de gran actividad huelguística en muchísimos gremios, traerá consigo un acercamiento espontáneo entre sociedades obreras por la necesidad de apoyo mutuo. En 1896, en que la agitación es también mayúscula, los gremios de orientación libertaria se proponen por primera vez realizar la huelga general. Esta idea es combatida por el socialismo, que prefiere las huelgas parciales, y que en el triunfo de

la de constructores de carruajes, por ellos dirigida, verá «su mejor hora» antes de 1900. La huelga general anarquista fue propuesta en una reunión de la «Convención Obrera» el 7 de junio: la irrupción política, deteniendo a varios de los asistentes, parece que fue una táctica clara para impedir que siguieran su curso las discusiones preparatorias de la declaración sobre huelga general. Después de 1896 pasará un año de silencio obrero, y hasta 1889 no se reanuda la actividad sindical. En 1901 aparecen tres características notables: desaparecen los pequeños conflictos laborales y asistimos a pocas huelgas, pero fuertes. En segundo lugar, anarquistas y socialistas intervienen activamente, ambos favoreciendo la organización y la lucha organizada: en general, el proletariado se orienta hacia el «nuevo anarquismo» moderado. Por último, los incidentes de Pringles y Rosario, en que brota la sangre obrera, apuntan hacia una lucha violenta y armada, y hacia una clara toma de postura de las clases dirigentes, que no dudan en emplear el ejército contra los hijos del trabajo.

Después del análisis huelguístico, dedico unas páginas a estudiar en detalle el *gremio de obreros panaderos*, fundado en 1887 con programa redactado por Malatesta y que, desde entonces, claramente desarrollará lo que luego ha sido llamado «gremialismo libertario». Destaco tres caracteres importantes: fidelidad a los postulados originarios, representados por la continuidad en la dirección de los secretaríogerentes Ettore Mattei y Adrián Troitiño, repulsa a todo intento socialista de intervención o federación obreras, y cooperación con los gremios bonaerenses apoyándolos en tiempo de huelga o fomentando la unión mutua, así como creación de ramificaciones gremiales e impulso de la federación regional.

Otro apartado se titula «*Los obreros ante el anarquismo y el socialismo*». En él intento mostrar la existencia constante de una línea anarquista gremial, y las peculiaridades del socialismo argentino que lo hacían poco aceptable para el obrero recién llegado.

El socialismo aparece desde sus principios buscando la organización obrera como norma programática y por las necesidades de conseguir una base electoral; de ahí la supeditación de los intereses gremiales a los intereses generales del Partido Socialista. Este gremialismo era una opción que se ofrecía al obrero; otra, el anarquista; una tercera, la no participación en movimientos reivindicativos.

La ideología gremial anarquista insiste en la dicotomía explotadores-explotados más que en una lucha de clases de claro estilo marxista. El individualismo critica las sociedades obreras tanto por sus objetivos concretos como por la estructura organizativa; manifestación del principio de autoridad, que el libertario repugna. Es un temor de que la organización frustré los deseos revolucionarios. Respecto al socialismo y su versión obrera, es el exceso de intelectualismo el que es atacado, como el deseo de «educar al pueblo» que los líderes socialistas —de procedencia mesocrática— tienen.

Para el socialista la huelga debe de ser localizada, y la huelga general parece otra utopía más del anarquismo. Defienden las cooperativas

obreras de consumo y producción, frente al anarquismo que repudiaba ambas —los «organizadores» no están muy en desacuerdo de las cooperativas de consumo—. En cuanto a resultados concretos, el socialismo, de hecho, consiguió que se extendiera el horario de ocho horas en muchos gremios, y consiguió también que la autoridad de la república viera en ellos los representantes dignos de los obreros con quienes se podía dialogar. El anarquismo, junto con el fomento del descontento y la defensa a ultranza de la libertad individual, ayudó al obrero a adquirir conciencia de clase y a ir actuando en el seno de sus sociedades gremiales.

La *irradiación del gremialismo libertario* corre parejas con la difusión del anarquismo. Allí donde un grupo de italianos, franceses o españoles se une en «Círculo de Estudios Sociales» o grupo de afinidades, la actividad gremial se nota. Fuera de la capital, Rosario de Santa Fe, que, como vimos, era el segundo núcleo importante de actividad anarquista, es, en buena lógica, el segundo núcleo de actividad sindical libertaria. A mayor abundamiento, en Rosario faltó la presencia fuerte del socialismo y el anarquismo gremial tuvo menos competencia, más campo de acción y más violencia en la lucha.

En Rosario, la «Sociedad Internacional de Obreros» de 1892 se desarrolla con primacía ideológica libertaria. En 1896 la fuerte actividad huelguística se traduce en una huelga general, la primera de la república; en ese mismo año comienza a editarse un órgano gremial común, *La Federación Obrera*. Toda la actividad gremial culmina en los sucesos de 1901, en que el movimiento obrero argentino iba a tener su primer mártir, pues en el curso de una huelga el obrero Budislavich caerá acribillado a tiros por un policía. La importancia del suceso hace que el Partido Socialista desplace allí a su organizador, Adrián Patroni, y aunque éste afirme en *La Vanguardia* que el muerto no ha sido anarquista, refleja la impresión de que en esa ciudad es total el predominio libertario.

Después de Rosario, cito otras ciudades, mostrando, en especial, la relación que las sociedades gremiales tienen con sus correspondientes de Buenos Aires.

Cuestión aparte son las zonas agrarias de la provincia de Buenos Aires y el interior de la República. La prensa libertaria aludirá con frecuencia a las penosísimas vejaciones que deben sufrir los obreros que se aventuran en el interior; pese a ello, no encontramos ningún programa de acción, ninguna labor seria. El Partido Socialista sí comprendió la conveniencia de actuar en el interior, elaborando un «Programa Socialista del Campo».

En las páginas libertarias se sigue con interés, en 1983, la pequeña rebelión armada de los colonos santafecinos contra un alza de los impuestos sobre el trigo y el lino. Pero no hay intervención directa. El anarquismo es un fenómeno urbano en Argentina, aunque en la ideología de los europeos el campesino jugara un papel importante.

El último apartado, *La creación de la Federación Obrera Argentina*, no intenta marcar el detalle histórico (que ya hizo Abad de Santillán),

sino indicar que la actividad anarquista no es sino continuación de la trayectoria gremial iniciada en los tiempos de Malatesta.

Especialmente notorio me parece la labor orientadora de Pellicer Paraire, que no será único. Existían en Argentina miembros de las federaciones españolas, y desde 1895 aparecen artículos propios o europeos insistiendo en la necesidad de la «asociación en la libertad» de los gremios. Pero los doce artículos de Pellicer sobre «La Organización Obrera» que aparecen en *La Protesta Humana* de noviembre de 1900 a enero de 1901 son algo más que orientaciones. Son todo un programa concreto de cómo realizar esa federación, a partir de los principios de «Acratismo, Libre Pacto y Solidaridad». Pellicer va elaborando, paso a paso, el organismo gremial. Primero expone un ejemplo de reglamento de una asociación gremial de oficio, un «Pacto de Solidaridad»; luego, una Federación de oficio; después, el «tercer pilar de la construcción obrera», la Federación local, que, dice Pellicer, «es ya la columna en actividad, el pueblo ejerciendo su deber y su derecho». De la Federación local sienta la última pieza del edificio, la «Federación Regional». En realidad, late bajo su pluma la experiencia de la primera Federación Española y el deseo de que pueda cuajar en la Argentina algo similar.

Max Nettlau alude a que Pellicer pensaba en el esquema de «organización dual» bakuninista: una Federación abierta, y, al margen, pero influyendo activamente en ella, un grupo de revolucionarios anarquistas.

En enero de 1901 aparece el periódico *La Organización*; en febrero, la Sociedad de Obreros Mecánicos lanza la iniciativa, que ya estaba en el aire. El 1 de mayo de ese año es celebrado por los gremios por separado de la manifestación socialista. El 25 y 26 de mayo y el 2 de junio de 1901 tienen lugar en la «Sociedad Ligure» de La Boca las sesiones fundacionales de la F. O. A. Asisten catorce sociedades de Buenos Aires y trece del resto de la república: numéricamente predominan los gremios de orientación anarquista.

Si bien la «Declaración de principios» alude a que la Federación «no tiene compromiso de ninguna clase con el partido socialista ni con el anarquista», las discusiones entre unos y otros pondrán en peligro la creación de la Federación. Especialmente, la discusión sobre arbitraje casi produce un «impasse», salvado por la palabra convincente y hábil de Pietro Gori, que propone su aceptación moderada. La Federación nace, pero nace con vicios de origen: la intransigencia de anarquistas y socialistas; Gori deberá explicar el porqué de su actitud. Por otra parte, los socialistas, desde noviembre de ese año, preparan su salida de la organización con mayoría anarquista, salida que se consuma en el II Congreso de la F. O. A., en 1902.

VI. EN ARGENTINA

El capítulo se compone de cuatro partes: la visión del pasado argentino, la visión del presente, el análisis de las condiciones de trabajo

y, por último, la visión del anarquismo por la burguesía. De todo ello surge una «visión de los vencidos», algo tan distinto de la versión oficial como pudo ser la apreciación de la conquista mexicana por los indios sometidos. No hay que olvidar que quienes *hicieron* la Argentina moderna fueron esta clase trabajadora europea, marginada del juego político y considerada como desecho social.

Inicio el análisis con la *visión del pasado*. Si uno de los componentes de la nacionalidad es el conocimiento del pasado colectivo y la identificación con él, los anarquistas argentinos no fueron patriotas. Abundan más las noticias y comentarios europeos que los argentinos; cuando el pasado argentino es comentado, se advierte el poco cuidado en estudiarlo a fondo y la repetición de los clichés de la historiografía liberal de la generación de Bartolomé Mitre, como es la creencia de que la revolución independentista fue auténticamente popular, la visión dicotómica de la sociedad argentina como campo frente a ciudad, que equivale a civilización contra barbarie, y la creencia en una «traición» a los postulados de la Revolución de Mayo, traición perpetrada tras las presidencias de Mitre y Sarmiento.

Respecto a la *visión del presente* hay muchos ingredientes que destacar. Hay una crítica al concepto del patriotismo y una negación de la política y el mundo burgués, del que el proletario se siente excluido. Sus contactos con personas burguesas son reducidos: el patrón, si el establecimiento industrial es de reducidas proporciones, el médico y el policía. Estos dos últimos son acusados de partidismo y de postura hosca y desdeñosa ante los acuciantes problemas obreros.

La prensa burguesa también es zaherida, en especial por su sistemática oposición al anarquismo y por considerar que Argentina, la tierra de las oportunidades, no tenía ningún problema social. Después de la prensa destaca la oposición al ejército y al militarismo, la falta de interés en atraerse al elemento universitario y pequeño-burgués, y el virulento anti-clericalismo. Este se refería tanto a la condena de casos concretos, aislados, como la condena de la Iglesia-institución y de la Iglesia-ideología, y la condena del socialismo cristiano.

Veo, por último, el análisis anarquista de la política, en la que no cree, que observa como mera lucha inter-clasista de los explotadores (incluyendo también al Partido Radical), y de la situación económica argentina. Poco a poco se irá abriendo camino la idea de que el desarrollo agrícola e industrial de la república es un proceso que beneficia sólo a las clases explotadoras y no alcanza al pueblo.

Otro apartado se titula «*Las condiciones de vida obrera*». En general, siempre parece que se cierna una crisis económica sobre la República: a los ojos del libertario la crisis es constante y no se relaciona con los ciclos de actividad económica.

Indagando en las condiciones de vida obrera, estudio primero la vivienda, insistiendo en los *conventillos*, el mísero salario obrero en depreciación constante, y el consiguiente déficit. De ahí paso a estudiar las formas de trabajo, la arbitrariedad en las multas, el trabajo de mujeres y niños y el trato médico. Todo ello nos da una impresión de

explotación constante del obrero y de falta de interés hacia sus reivindicaciones mínimas.

Por último, *El Anarquismo ante la burguesía*, acaba el análisis, desde un enfoque distinto. La actitud burguesa ante el anarquismo va desde la indiferencia total o el desprecio a una crítica calumniadora y falsificadora de la realidad.

El socialismo quedó mejor parado; el anarquismo, cuyo programa, nunca ocultado, era el de destrucción de toda Autoridad y toda Propiedad, que desdeñaba reformismos y gradualismos, no podía, por cierto, ser bien visto por sus presuntas víctimas. Lo interesante es que los burgueses —¿acaso por casualidad?— leyeron los periódicos anarquistas más radicales, los artículos más inflamados, aquellos recomendando la bomba y la dinamita. El resto, en especial las páginas de anarquismo constructivo, fue sistemáticamente ignorado.

Ello, y la furibunda persecución policial, sea tal vez reflejo de Europa. Al leer los sangrientos atentados reales o imaginarios, se sienten atemorizados de ofrecer entrada en su país a tales subversivos. Desde 1889 va cuajando la idea de una «loi scélérate» de expulsión de anarquistas, que toma cuerpo en la Ley de Residencia de 1902.

Hasta qué punto la presión de Italia y España forzó estas medidas, de lucha internacional anti-anarquistas, o se debieron a un nacionalismo reaccionario, es algo que aún queda por ver. A título de ejemplo del seudo-objetivismo de la prensa burguesa comento dos artículos de «Caras y Caretas» en febrero de 1900 sobre el desarrollo del anarquismo argentino.